

LA ESENCIA DEL ADORADOR

Si tuviéramos que definir el término “**ESENCIA**” diríamos que es aquello que constituye la naturaleza de las cosas, lo permanente e invariable de ellas; lo más importante y característico de una cosa.

El término “**ADORACIÓN**” podríamos decir que es el medio a través del cual proclamamos las cualidades y las obras de nuestro Dios mientras entramos en su presencia para ser cambiados más a la imagen de nuestro Señor Jesucristo. Adorar implica no solo “hacer cosas” para agradar a Dios sino sobre todo “ser agradables a Dios.” Él está buscando una relación interna, personal y espiritual con Su Pueblo.

La adoración que honra a Dios es el estado natural de nuestros corazones cuando procuramos «hacer todo para la gloria de Dios». Nuestra adoración no se detiene mientras buscamos fielmente exaltar a Cristo en el hogar, lugar de trabajo, escuela o vecindario, mostrando un corazón de servicio agradecido que ha sido transformado por el evangelio.

¿Por qué una actitud de adoración? La adoración básicamente es una actitud de reconocimiento hacia alguien que merece tal reconocimiento. El reconocimiento directo de Dios, de su naturaleza, atributos, caminos y demandas, se expresa de una manera visible en actitudes que lo demuestren: postrarse, hacer reverencia o haciendo actos que den homenaje y honra al ser que se adora, el derramamiento del corazón en alabanza y acción de gracias.

Cuando Job se entera de que sus posesiones han desaparecido y sus hijos han muerto, el escritor bíblico dice que cae al suelo y adora. **“Entonces Job se levantó, se rasgó el manto, se rapó la cabeza, se echó por tierra y dijo: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él. El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor». A pesar de todo esto, Job no pecó ni protestó contra Dios” (Job 1, 20-22).** Las diversas palabras hebreas y griegas que traducimos como *adoración* en la Biblia están asociadas con la reverencia, el servicio, la sumisión y el honor.

El mismo Jesús fue claro en su diálogo con la mujer samaritana acerca de la esencia de la adoración (Jn 4, 21-24). Al parecer, el tipo de adoración que esta mujer había aprendido y practicaba era un modelo ritualista, carente de compromiso, una adoración tan superficial que no estaba produciendo ninguna influencia positiva en su vida diaria y esto no la preocupaba. Sin embargo es allí donde el mismo Jesús pondrá las cartas sobre la mesa y definirá los términos de la esencia de la adoración.

En primer lugar la adoración está llamada a ser en espíritu, esto quiere decir que así como Dios es Espíritu, el lenguaje para poder entenderle y dejarse entender es hablar entonces el idioma del Espíritu Santo. **En segundo lugar, la adoración está llamada a ser en verdad**, no puede existir ni la falsedad ni la hipocresía a la hora de adorar. Cristo es

la verdad en su máxima expresión y nadie que no es sincero con Dios puede ser un verdadero adorador.

Fijémonos ahora en tres momentos distintos en los que vemos la misma actitud de adoración de María, hermana de Lázaro, estando siempre a los pies de Jesús pero con un avance en su relación. Ya de por sí esto es un acto de adoración. Pero es muy interesante ver las particularidades de cada uno de estos 3 relatos:

- o **(Lc 10, 39)** *“Esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, **sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra**”.*

Es una visita “improvisada” de Jesús a la casa de Marta, donde María se sentó a sus pies para oír su palabra. “Sentarse a los pies” significaba ser discípulo de alguien, en este caso de Jesús; San Pablo lo testimonia al decir en (Hch 22, 3) *“Yo de cierto soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero criado en esta ciudad, **instruido a los pies de Gamaliel**”*. Jesús señaló que solo una cosa es necesaria y María recibió la buena parte, la cual nunca le podrá ser quitada. Trato de imaginarme qué cosas le enseñó Jesús, que impacto tan profundo habrán tenido en la vida de María. Este, podríamos decir, es el comienzo en la vida de María como discípula de Jesús, comenzando a crecer en la gracia y conocimiento de Cristo.

- o **(Jn 11,31)** *“María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verle, **se postró a sus pies**, diciéndole: Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano”.*

La segunda ocasión, es una situación diferente. Lázaro, su hermano, había muerto. Ambas hermanas le dijeron a Jesús cuando lo vieron (“Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto”), pues lo habían avisado de la enfermedad de Lázaro para que pudiera ir a sanarlo. No obstante Jesús se demoró en ir, sabiendo de antemano que Lázaro iba a morir y él le iba a resucitar.

María al ser llamada por Jesús va corriendo hacia él en (Jn 11, 28-29). Quizás con muchas preguntas o interrogantes. Ella hace el mismo comentario que su hermana Marta: “Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano”. Sin embargo, en María vemos una diferencia respecto a Marta: **“María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verle, se postró a sus pies”**. Probablemente abrumada, o sin muchas fuerzas por el dolor cayó a los pies del Maestro, en una acción de adorar y Jesús se conmueve llorando junto a María.

Dios valora una adoración verdadera. El no desestima un clamor verdadero. Dijo David en el Salmo 51: **“Los sacrificios no te satisfacen: si te ofreciera un holocausto, no lo querías. El sacrificio agradable a Dios es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú, oh Dios, tú no lo desprecias.”**. Como Dios dijo a Jer 33, 3 **“Llámame y te responderé; te revelaré cosas importantes y recónditas que tú desconoces”**. A veces nos da cierto temor clamar o preguntarle a Dios, pero él está esperando que lo hagamos. Antes que acudir a cualquier otra persona o lugar Dios espera que llevemos a él, a sus pies nuestro corazón roto.

Es sencillo decirle a María que todo está bajo el control de Dios. Pero, ¿acaso no podemos recordar circunstancias de prueba o dolor en que comenzamos con los: si hubiera? Si hubiera hecho esto, si me hubieran ayudado, si me hubieran escuchado, si hubiera obedecido, si hubiera sabido, si Dios no hubiera permitido, si Dios hubiera actuado... La pregunta se acentúa cada vez más en la mente y pensamientos: ¿No podía Dios, quien hizo tanto por otros hacer esto por mí? ¿Acaso ellos son mejores? ¿Acaso ellos lo merecen? ¿Será que Dios los ama más a ellos que a mí?

Más allá de cualquier hubiera, Jesús ya sabía de antemano que Lázaro iba a morir. Él ya sabía que esa enfermedad era para la gloria de Dios. Él sabía que iba a hacer algo mucho más grande que sanar una enfermedad: iba a resucitarlo, para gloria de Dios, pero esencialmente para que pudieran conocer que Él es la resurrección y la vida. Como dijimos, esto no quita que al atravesar la prueba, la aflicción y tribulación no vamos a sentir nada. Es por eso por lo que Jesús no reta o calla a María diciéndole mujer de poca fe; simplemente se conmueve y llora junto a ella.

Esta experiencia llevó a María a un nuevo grado de reconocimiento. Él es la vida. Él es la resurrección. **“Adoramos a Dios por lo que Él es”**.

- o (Jn 12,3) “Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y **ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos**; y la casa se llenó del olor del perfume”.

Jesús resucitó a Lázaro. Muy probablemente por esta razón, al llegar Jesús camino de Jerusalén, organizaron una cena para homenajear y agasajar a Jesús. Aquí encontramos el primer principio: Jesús es el centro de nuestra adoración. La iglesia tiene una reunión muy especial: “la cena del Señor”. Esta es la celebración que el mismo Señor Jesús instituyó y nos dio el mandamiento de que participemos y hagamos memoria de Él hasta que vuelva. Es una celebración donde el centro de todo es Jesús. Todo cuanto se hace es por Él.

Vemos a Marta sirviendo. El servicio es un elemento que también forma parte del culto. Creo que es claro que Marta aunque quizás en ocasiones como el mismo Señor le señalo podía estar afanada y turbada por muchas cosas, siempre ha dado un servicio genuino y de corazón agradecido a Jesús. Particularmente en este momento aún más, teniendo en cuenta que unos días atrás resucitó a su hermano Lázaro.

En un momento determinado entra María. Probablemente entró en silencio. No tenemos registro de que haya hablado. Seguramente va caminando, entre las personas, con un lebrillo y en él un frasco que contenía perfume de nardo puro. Las personas habrán estado comiendo, hablando, riendo quizás. Al acercarse María cada vez más a Jesús, van quedando en silencio, expectantes de lo que iba a suceder.

Entonces ocurre algo extraordinariamente maravilloso. María se postra (arrodilla) frente a Jesús, coloca sus pies en el lebrillo y comienza a mojarlos con el perfume. En este caso, no “cae” como en la escena anterior por toda la carga emocional y de dolor. Aquí,

deliberadamente se postra ante Jesús. Luego enjuga sus pies con sus cabellos. Pero María no lo hizo de la manera tradicional, usó una libra de perfume de nardo puro, la posesión más valiosa que tenía. Realmente ella entregó algo de mucho valor personal.

Para que alguien se desprenda de algo tan valioso tiene que haber razones más que importantes de fondo. María en primer lugar quiso mostrar su adoración, es decir, su admiración y reconocimiento a Jesús. Cuando Cristo revela que él es la resurrección y la vida es como si un velo se hubiera quitado de sus ojos. Ella puede entrar a comprender a Jesús en una dimensión mucho más profunda. Hay una admiración por la persona de Cristo.

María se centró en Jesús. El entorno lo menospreció y rebajó su acto de adoración. Teniendo en cuenta todo lo que consideramos, si estuvieras en el lugar de María, con tu corazón desbordando admiración y amor por Cristo, ¿cómo te sentirías si alguien se pone al lado tuyo y te dice: “Que desperdicio es esto que estás haciendo”? No lo podemos saber, pero quizás se sintió mal. Quizás hasta pudo preguntarse, ¿habré hecho mal? ¿Realmente es un desperdicio? Sin embargo, ella continuó y fue Jesús quien dijo: “Déjenla”. Fue una orden severa de cumplimiento inmediato. El alrededor nos puede desanimar a que rindamos nuestras vidas a Dios, pero nuestro foco siempre debe ser Él.

Ella estaba plenamente consciente de lo que hacía. La adoración verdadera reside en un pleno conocimiento de lo que Dios es, pero nos lleva a entender también lo que uno es. María en este acto estaba mostrando de una manera gráfica y concreta la grandeza de Dios y la exaltación que debe hacerse a su persona por lo que él es; y muestra también la humildad y reverencia con que debemos presentarnos ante su presencia, entendiendo y reconociendo nuestra propia indignidad.

Realmente María había llegado a conocer de una manera mucho más íntima y personal a su Señor, a comprender y conocer su persona y sus enseñanzas.

Estos pasajes deben llevarnos inmediatamente a algunas preguntas:

¿Conozco a Dios? ¿Realmente le conozco por lo que Él es? Quizás tengamos que escuchar las palabras del Señor a la mujer samaritana respecto a este mismo tema: “Vosotros adoráis lo que no sabéis” o como dijo haciéndose eco del profeta Isaías: “este pueblo de labios me honra; más su corazón está lejos de mí”. ¿Nuestra adoración es racional? ¿Responde a una admiración y reconocimiento genuino por lo que es Dios o es simplemente de labios? ¿Le conocemos de una manera tan íntima que nos lleva a querer mostrarle nuestra profunda admiración? ¿Le conocemos de tal manera que estamos dispuesto a darle lo más valioso que tenemos?

Podemos tener miles de preguntas e interrogantes, dolor e inclusive enojo. La cuestión es a donde acudimos con todo lo que sentimos. En los tres casos que hemos visto (María, Job y la mujer cananea) acudieron al Todopoderoso. Cuántas veces tratamos de hacer a un lado lo que sentimos, nuestras vivencias, pensando que esto es un estorbó a la hora de adorar. Pensamos en rendir una adoración pulcra, sin ningún condimento de

realidad. La adoración se manifiesta en que a pesar de las circunstancias seguimos reconociendo la grandeza y soberanía de Dios. La adoración de Job se manifestó en que en pleno conocimiento de su situación, perdida y dolor sigue reconociendo que Dios es el proveedor y sustentador de la vida. Puede que en esos momentos no estemos tan “afinados” en lo que digamos o expresemos. Pero Dios valora la sinceridad del corazón.

En el capítulo 12 de Juan encontramos un acontecimiento, la entrada de Jesús a Jerusalén sobre un pollino, donde la gente lo aclama pero Él les habla de que el grano de trigo si no muere no da fruto, y después dice: **“El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará” (Jn 12, 25-26)**, que es la esencia de la verdadera adoración. Este hecho acontece en medio de dos relatos. Por un lado el relato de la muerte y la resurrección de Lázaro, el amigo personal de Jesús, y por el otro lado el relato de la muerte y resurrección del mismo Jesús. Esto simboliza, en nosotros, dos cosas:

1. Que la adoración es el cántico de la victoria de la vida sobre la muerte. Así como la muerte fue vencida en la resurrección de Lázaro. De la misma forma, con la resurrección de Cristo podemos decir que hoy adoramos no a un Cristo clavado en una cruz, sino a un Cristo que ha resucitado, que ha vencido la muerte, y que hoy está sentado sobre un trono reinando como el Príncipe de Paz.

2. Que la adoración es un medio a través del cual podemos superar cada momento en nuestras vidas. Podemos adorar a Dios en medio de la victoria de la resurrección como también podemos adorarlo en medio de los momentos de adversidad como es pasar por la cruz del Calvario.

La esencia de la adoración es una entrega de vida total a Dios, que implica la sumisión, obediencia, alabanza y un reconocimiento de su grandeza y poder, más allá de meros rituales externos. Se trata de una respuesta del corazón que transforma la vida y se manifiesta en un estilo de vida de dependencia y amor hacia lo divino, buscando complacer a Dios en todas las acciones, incluso en las actividades cotidianas.

Pablo le escribió a los Romanos: **“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Rm 12, 1)**. Pablo nos dice que teniendo en cuenta las misericordias de Dios, que siempre se sustentan en lo que Él es, deberíamos como resultado consciente y racional presentar nuestros cuerpos, es decir, nuestras vidas como un sacrificio vivo y santo que agrada Dios. No simplemente por una presión externa de los hermanos de la Iglesia, o porque nos parece adecuado hacerlo, sino en un acto voluntario por el cual decido entregarle a Dios lo que soy para vivir una vida de adoración. Deberíamos entregar nuestras vidas para que la adoración no sean actos aislados, sino vidas de adoración.

El ejemplo para vivir una vida dedicada a adorar a Dios lo encontramos en el mismo Señor Jesús: **“Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor,**

como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef 5,1-2).

Por mucho que sabemos que la adoración tiene que ver con Dios, de alguna manera nos las arreglamos, a veces, para que tenga que ver conmigo: cómo me siento, lo apasionado que estoy, lo que percibo o no percibo. Pero no se trata de mí, se trata de *nosotros*. Mis deseos, planes y acciones no son la esencia de la adoración. La esencia ha tenido lugar desde tiempos eternos, cuando el Dios trino se ha glorificado y deleitado en Sí mismo. Mientras adoramos, Dios nos invita a unirnos a Él en lo que ya está haciendo. Nuestra respuesta es iniciada por Dios, fundamentada en la obra reconciliadora de Cristo y capacitada por Su Espíritu. Deberíamos poder encarar cada actividad en la vida pensando ¿Cuál es la manera en la que a Dios le agradaría que lo haga?

Aunque la adoración no se «identifique con un sentimiento especial de la presencia de Dios», siempre estamos en la presencia de Dios y vivimos ante el rostro de Dios. Podemos confiar en Sus promesas de estar con nosotros. Nuestro enfoque, comprensión y adoración se elevan cuando realmente entendemos quien y que es Dios, cuando realmente llegamos a ver y comprender que Dios es amor.

¿Qué significa que Dios es amor? Que él, independientemente de lo que cualquier persona haga por él, sigue amando. No hay nada que pueda parar este impulso de manifestar su amor porque responde a su propia persona. Cuando comprendo cabalmente que Dios es amor me doy cuenta de la verdad más grande y absoluta: **“No hay absolutamente nada que yo pueda hacer para que Dios me ame más, ni hay absolutamente nada que yo deje de hacer que haga que Dios me ame menos”**.

Jesús nos dijo: “Mi yugo es fácil y ligera mi carga”. Qué triste se vuelve la vida cuando intentamos día tras día ganarnos el amor de alguien. Dios no espera esto. Él nos ama y seguirá amando a pesar de lo que somos y hagamos. Y cuando uno comprende esta verdad lo único que puede salir del corazón es una profunda y sincera adoración por lo que él es.

Ya no hay más un sentimiento de obligación, sino que es tal el conocimiento y admiración que sentimos por Dios que lo único que quiere salir de nuestro corazón es buscar la manera de mostrarle mi reconocimiento a su persona. Entonces, ahora le canto, le sirvo, le honro, le proclamo, guardo sus mandamientos, le obedezco; porque es lo único que mi corazón anhela: **Que Dios pueda percibir y disfrutar cuanto le amo y admiro.**

Como hemos dicho antes: **“Con la venida de Cristo ya no es necesario adorar en ningún lugar específico, sino en todo tiempo y lugar, siempre que se haga en espíritu y verdad”**; más allá de las ceremonias religiosas a veces carentes de fe y espiritualidad, porque se puede estar postrado externamente, pero con un corazón no recto ante Dios y eso hace que la adoración no sea genuina, tal y como le agrada al Padre.

La exigencia del Padre celestial es una adoración plena, permanente tanto espiritual como físicamente. ¡Una vida de adoración permanente! Es la reverencia que se rinde a

Dios por sus obras, por ser quien es y por lo que ha hecho y hace por nosotros siempre; expresándose a través de la oración, el sacrificio, la ofrenda, los cánticos espirituales, la lectura y meditación en Su Palabra, el ayuno, el temor al Señor, las acciones de gracias, el servicio a Él y llevar una vida santa, sobre todo.

Un verdadero adorador es quien ofrece reverencia y honor a Dios; cuenta con una vida íntegra de devoción al Señor. Es quien vive postrado de corazón más que físicamente. El adorador debe tener claro que debe adorar a Dios:

- Desde el corazón; debe ser una acción sincera, con devoción y con la guía del Espíritu Santo; motivada por nuestro amor y gratitud a Dios por todo lo que es y ha hecho.
- Y la manifestación externa de la adoración debe estar fluyendo de nuestro espíritu y expresándose libre y voluntariamente con manifestaciones de amor hacia nuestros prójimos.

Los adoradores hacen que su propia vida sea una adoración permanente al Padre; pero manifiestan la genuina adoración junto a sus hermanos durante un culto o servicio. Si no vivimos en adoración durante la semana, cuando lo hagamos en algún servicio sólo será un mero tiempo religioso.

La adoración es un acto de sacrificio (una ofrenda), y Pablo nos muestra que ese sacrificio es vivo, como hemos dicho antes: ***«Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual. ² Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto.» (Rm 12, 1-2).***

Existen dos clases de adoradores, los verdaderos y los falsos. No hace falta remarcar que si un adorador es falso, en realidad no es un adorador, sino alguien que asume el papel de adorador. Esto nos obliga a meditar en nuestras propias experiencias de adoración: ¿realmente adoramos o fingimos estar adorando durante los momentos públicos destinados a esta actividad?

Con sólo pensar en esto nos damos cuenta de cuál es la diferencia entre una cosa y la otra. El falso adorador es, precisamente, el que considera la adoración como una actividad. Es decir, por momentos deja lo que está haciendo para dedicarse a una nueva actividad: la de expresar adoración al Padre. No está haciendo más que asumir los movimientos e incorporar las palabras apropiadas a tal actividad. Quizás las ha visto en otros y las sabe imitar con facilidad. De todas maneras, en su mente la adoración es una de las tantas actividades relacionadas con la vida espiritual.

Cuando Cristo habla del verdadero adorador, no está describiendo las actividades de una persona; está haciendo referencia a lo que una persona es. De la misma manera que nosotros podríamos describir a una persona por su origen, diciendo que es griega, polaca o española -y se entendería que esto no se refiere a una actividad sino a su

identidad-, Cristo identifica a ciertas personas dentro del reino por el corazón que poseen: son verdaderos adoradores del Padre.

La adoración es, en última instancia, el resultado de un profundo encuentro con Dios. El verdadero adorador que el Padre anhela es el que adora en espíritu y verdad. Es una persona que combina la realidad espiritual producida por el Espíritu de Dios (pues nadie puede relacionarse con Dios si no es por medio del Espíritu), y la purificación del ser interior, es una persona que refleja con todo su ser la relación en la que está profundamente envuelta.

Componentes de la esencia de la adoración y, por lo tanto, del adorador

- **Reconocimiento de la divinidad:**

La adoración nace del reconocimiento de la excelencia y señorío absoluto de una persona divina, ser increado y todopoderoso.

- **Obediencia y entrega:**

Implica una obediencia sin vacilación, entregando todo el ser a Dios como un sacrificio vivo, lo que demuestra un estado del corazón en total sumisión a su voluntad.

- **Amor por quién es Dios:**

Va más allá de agradecer por lo que Dios hace, y se enfoca en amarlo por su propia naturaleza y esencia, lo que lleva a un deseo profundo de conocerlo más.

- **Expresión de lo más íntimo:**

Es expresión de las necesidades y deseos más profundos del corazón, encontrando en Dios la única fuente de satisfacción verdadera y duradera.

- **Transformación personal:**

La verdadera adoración conduce al discipulado, volviendo a la persona más parecida a Dios y permitiendo que Él tenga una influencia profunda en su vida.

- **Un estilo de vida:**

La adoración tiene que convertirse en una forma de vida, donde todas las acciones se realizan con conciencia de Dios.

- **Conexión con la comunidad:**

Trasciende las experiencias individuales para unir a los creyentes en una fe común, fortaleciendo la iglesia a través de la participación conjunta y el apoyo mutuo.

- **Integración de la vida cotidiana:**

Desarrolla un ritmo de oración diario que permita crecer en la fe y mantener una relación íntima y continua con Dios, más allá de los momentos de culto específicos.

Características de un verdadero adorador

La Biblia menciona varias características que definen a un adorador verdadero. Presentamos diez de estas características:

- **1.- Humildad:** El adorador verdadero reconoce que Dios es el centro de la adoración y se humilla ante Él (Sal 9, 6-7).
- **2.- Sinceridad:** La adoración debe ser sincera y auténtica, no una mera formalidad (Jn 4, 24).
- **3.- Gratitud:** El adorador verdadero es agradecido con Dios y reconoce sus bendiciones y favores (Sa 100, 4).
- **4.- Obediencia:** La verdadera adoración implica obedecer los mandamientos de Dios (Jn 14,15).
- **5.- Arrepentimiento:** El adorador verdadero reconoce sus pecados y se arrepiente de ellos (Sal 51,17).
- **6.- Alabanza:** La alabanza es una parte importante de la adoración y se debe ofrecer con gozo y entusiasmo (Sal 150).
- **7.- Adoración:** La adoración es un estado de ánimo y una actitud del corazón que debe estar presente en todo momento (1Ts 5, 16-18).
- **8.- Intimidad con Dios:** La verdadera adoración se basa en una relación íntima con Dios (Jn 15, 5).
- **9.- Consagración:** El adorador verdadero se consagra a Dios y se aparta del pecado (Rm 12, 1-2).
- **10.- Fidelidad:** El adorador verdadero es fiel a Dios y le sirve con todo su ser (Mt 22, 37).

¿Somos verdaderos adoradores, según el agrado de Dios? Es necesario que revisemos nuestra vida de adoración al Señor para que no caigamos en ritualismos religiosos y dogmáticos. A Dios debemos adorarlo con la ayuda del Espíritu Santo y de la manera que a Él le agrada, no como a cada uno le parece.

El Espíritu de Dios tiende a moverse de forma más evidente cuando nos reunimos y deberíamos orar y anhelar esos momentos. Pero estos no son los únicos momentos en los que adoramos a Dios.

Una vida adoradora ha de ser vivida con agradecimiento; el agradecimiento necesita ser descubierto y vivido con gran finura interior; cuando nos limitamos a dejar que sean los hechos los que hablen, siempre habrá suficientes hechos para convencernos de que la vida conduce a la nada.

Jesús nos dio la Eucaristía para que pudiéramos optar por el agradecimiento, nos incita a clamar a Dios en demanda de misericordia, a escuchar la palabra de Jesús, a invitarle a nuestra casa, a entrar en comunión con él y a proclamar al mundo la buena noticia. En nuestra vida diaria tenemos incontables oportunidades de mostrarnos agradecidos.

La mejor noticia de todas es que, para los que han sido lavados por la sangre de Cristo, la adoración nunca jamás terminará.

Para pensar:

¿Cómo me definiría como adorador? ¿Cómo puedo cultivar más mi identidad como adorador?

Todo esto pienso yo que es la esencia del adorador y como no de la Adoración Nocturna pues creo no debe ser solo una reunión en la noche para orar con Él y no dejarlo solo como ocurrió en Getsemaní; sino una fuente de vida para que al salir a nuestro mundo nuestra actuación en él sea reflejo de ese Dios que nos hizo a su imagen y semejanza.

La Adoración Nocturna, por su carisma, debe ser en este mundo la antorcha de la evangelización y por tanto los adoradores debemos ser los primeros evangelizadores en el mundo actual, los que con nuestra forma de vivir y de actuar seamos luz para iluminar el camino de aquellos que se pierden en la oscuridad de lo material; sal que ayude a los demás a dar un sentido a su vida y agua que empapando nuestro ser fluya para ayudar a germinar en los demás la semilla del amor evangélico.

Creo que poco más podemos decir sobre lo que es la esencia del adorador solo nos queda salir al mundo y gritar con voz potente que la felicidad solo se conseguirá si dejamos que Dios cada vez inunde más nuestro ser ya que Él es el AMOR por excelencia y solo por medio del amor se logra la felicidad y se mantiene la esperanza.

El Señor nos dice en Mt 28, 20: ***“ Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos”***

ADORADORES

ARRIBA

NO ESTAMOS SOLOS

ALABADO SEA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO